

# Conéctate



PRESENTAMOS

**¿Esfuerzo humano  
o ayuda divina?**

# Conéctate

## Conéctate

Apartado 11  
Monterrey, N.L.  
México, 64000

## Conéctate

Casilla de correo 815  
Correo Central 1000  
Capital Federal  
Buenos Aires  
Argentina

## Conéctate

Casilla de correo 14.982  
Correo 21  
Santiago  
Chile

## Conéctate

Apartado Aéreo 85178  
Santafé de Bogotá  
Colombia

## Activated!

P.O. Box 4307  
Orange, CA 92863-4307  
USA

## Correo electrónico:

conectate@conectate.org

## En Internet:

www.conectate.org

**Director:** Gabriel Sarmiento

**Diseño:** Giselle LeFavre

**Ilustraciones:** Hugo Westphal,

Max Belmont, Anthony,

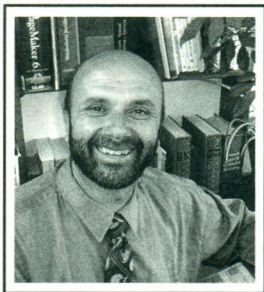
Philippe LaPlume, Rain

**Producción:** Francisco López

1999 2001?

© 1999, Aurora Production AG,  
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique lo contrario,  
todas las frases textuales de las  
Escrituras que aparecen en *Conéctate*  
proviene de la versión Reina-Valera  
de la Biblia, © Sociedades Bíblicas  
Unidas, 1960.



# A nuestros amigos

El apóstol Pablo graficó perfectamente la naturaleza humana al decir: «No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero hacer» (Romanos 7:19, Versión Popular).

Me identifico mucho con esa afirmación. Me ocurre con frecuencia que suelto un comentario irreflexivo que hiera a un amigo entrañable, o trato de resolver una diferencia con uno de mis compañeros de trabajo y no hago más que empeorar las cosas, de tal modo que nos vemos anegados en un mar de malentendidos y sentimientos dolidos. A veces parece que cuanto más me esfuerzo, más meto la pata. Eso es de lo más desalentador. Es precisamente en esos momentos cuando más aprecio la ayuda del Señor, tal como nos la prometió en 1 Corintios 15:57: «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo».

¡Qué alivio que Dios no exija que resolvamos nuestros problemas a puro pulso ni espere que nos salvemos merced a nuestros propios esfuerzos! Por eso envié a Su Hijo, Jesús. El presente número de *Conéctate* echa un vistazo a la milenaria polémica en torno a la gracia y las obras: Su gracia o nuestras obras.

Gabriel Sarmiento

En nombre de *Conéctate*

## BUZÓN

Hace tiempo un amigo me dio una publicación de ustedes cuando viajábamos en el bus escolar. Al leerla algo ocurrió dentro de mí, algo que nunca había sentido antes. La guardé y al llegar a casa la volví a leer varias veces. Aquello dio origen a una gran pasión por estudiar la Biblia, sobre todo lo relativo al Tiempo del Fin. Quiero agradecerles por difundir la Palabra de Dios. Que Dios los bendiga por la labor que hacen.

**Pedro, Argentina**

*Conéctate* Número 9



# Terror en la carretera

JOSUÉ, MÉXICO

PEDRO —DE 12 AÑOS— y yo abordamos el ómnibus de primera clase a las seis y media de la tarde. Al acomodarnos para el viaje de tres horas hacia la ciudad de México ni nos imaginamos que estábamos por embarcarnos en una de las experiencias más traumáticas de nuestra vida. A la vez fue un incidente que nos demostró la forma tan patente en que el Señor vela por los Suyos.

Al cabo de una hora de viaje, observé que un hombre se levantaba de su asiento y se acomodaba junto al conductor. Inmediatamente tuve la corazonada de que algo horrible estaba por suceder.

—Mejor será que oremos —le susurré a Pedro—. Me huele que algo malo va a pasar.

Juntos invocamos la protección divina y rogamos al Señor que nos guardara de todo mal.

Para entonces estaba oscureciendo y casi todos los pasajeros dormitaban. El bus comenzó a disminuir la

velocidad y se detuvo a un costado de la carretera. Unos momentos después, dos hombres abordaron el vehículo. El conductor cerró las puertas y prosiguió con el viaje.

En mis entrañas tuve nuevamente el presentimiento:

—Va a ocurrir algo ahora mismo —le dije a Pedro en voz baja.

De golpe un hombre gritó: —¡Alcen las manos y cierren los ojos!

Era el comienzo de una pesadilla que se prolongaría por espacio de cuarenta y cinco minutos.

Pedro y yo fuimos los primeros a quienes revisaron. ¡Clic! Sentí el cañón frío de un arma que me presionaba la sien. Me ordenaron que me inclinara primero a la izquierda y luego a la derecha. Uno de los bandidos me revisó presurosamente los bolsillos traseros de los pantalones. Luego me apretaron el cañón

del arma contra el estómago, mientras me revisaban el cuello —en busca de alguna cadena o bolsito con dinero que pudiera llevar colgado— y los bolsillos de la camisa.

Al palparme éstos el hombre encontró unos folletos titulados *Alguien te ama*, que yo sabía que llevaba conmigo y que tenía pensado repartir entre las personas que conociéramos a lo largo del viaje. Me atreví a abrir los ojos para captar su reacción.

—¿Qué es esto? —me gritó.

—Son folletos cristianos —le respondí.

Enseguida dejó de revisarme y procedió a inspeccionar a Pedro.

A toda velocidad se me cruzaron por la cabeza cantidad de versículos en los que el Señor nos promete protección. El salmo 91, que había aprendido de memoria hacía años, me tomó los pensamientos por asalto. «No temerás el terror nocturno. [...] Porque has

Continúa en la página 13

# Esfuerzo humano

DAVID BRANDT BERG

# o ayuda divina

LA POLÉMICA RELIGIOSA más encarnizada que ha habido a lo largo de la Historia se ha dado siempre entre las religiones que sostienen que uno puede salvarse a sí mismo y las que promulgan que sólo Dios puede hacerlo. El hombre siempre ha pretendido salvarse a sí mismo, labrar su propio camino al Cielo echando mano de apenas un poquito de ayuda divina, para poder atribuirse a sí mismo la mayor parte del mérito y seguir su propio camino.

El primer homicidio fue cometido por un fanático partidario de salvarse a sí mismo: Caín, que mató a su hermano Abel, un hombre que confiaba en Dios. (V. Génesis, capítulo 4.) Aquel asesinato marcó el inicio de la persecución de la iglesia auténtica a manos de la falsa. Caín era religioso, sumamente religioso. Procuraba denodadamente salvarse a sí mismo por sus propios medios. Incluso ofrecendaba sacrificios a Dios y consideraba que le rendía culto. Pedía de todo corazón a Dios que le ayudase a ganarse su propia salvación. Pero sus mejores esfuerzos no bastaban. El camino por el que optó no era el señalado por Dios, sino el que emprenden todas

las religiones falsas.

Los adherentes de esas religiones se rigen totalmente por el fariseísmo y por sus propios conceptos. La mayoría de esas personas afirman que adoran a Dios y que acuden a Él en busca de un poco de asistencia para obtener la salvación. El problema es que se esfuerzan tanto por ganársela que creen merecérsele, con ayuda de Él o sin ella; y se ofenden si les parece que Él no aprecia su bondad. «Mira todo lo que he hecho por Ti, Dios. Debieras darme una medalla. Yo sí que merezco salvarme. Si a alguien vas a salvar, yo soy el que más méritos ha hecho. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡yo debería ser el privilegiado!»

En cambio, Abel simplemente hizo lo que Dios le ordenó: «Ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín» (Hebreos 11:4). El sacrificio de una fe pura en lo que Dios le había indicado. Al sacrificar un cordero —que

anunciaba la muerte de Cristo en la cruz por los pecados del mundo—, Abel demostró que confiaba en que el único capaz de salvarlo era Dios. Sabía bien que sólo contaba con la rectitud de Dios; que él no poseía ninguna; que la salvación no era otra cosa que un don divino. (V. Efesios 2:8,9.)

El humilde sacrificio de Abel



dejó en ridículo al esforzado Caín —el beato autodidacta entregado a su propia forma de adoración— y puso en evidencia la futilidad de los esfuerzos de este último y su hipocresía, a tal punto que lo llevó a enfurecerse. Luego de tan ardua labor, de aplicar su racionalismo legalista y de exigir la salvación como premio a su empeño, fue tal la humillación de Caín que trató de sepultar aquella dolorosa verdad —el estrepitoso fracaso de su religión— matando al hombre cuya fe sencilla en la gracia de Dios lo había desenmascarado.

Así se originó el enfrentamiento descomunal entre la soberbia y la humildad, entre los condenados partidarios de

la beatería y los pecadores salvados; la guerra perpetua que se ha librado a partir de aquel momento entre la iglesia falsa y la verdadera, la Babilonia carnal y la Jerusalén espiritual, la carne y el espíritu, las obras y la fe, la ley y la gracia, uno mismo y Dios.

Ello ha derivado en algunos de los peores malentendidos e interpretaciones más erróneas de las Escrituras que jamás se hayan elucubrado. Desde entonces, la mayor parte de la humanidad ha tratado de salvarse a sí misma con un mínimo de reconocimiento a Dios, falseando las Escrituras para demostrarse capaz. Sin embargo, Dios no puede ayudar a quien cree poder salvarse. Él no interviene en favor de los que piensan que pueden lograrlo a base de esfuerzos propios. Únicamente ayuda a los que se saben impotentes. Por mucho que uno procure obtener la ayuda divina no puede salvarse a sí mismo basándose en sus propios criterios.

Durante algunos años —siendo yo joven en la fe—, también me dejé engañar por la falsa doctrina de algunas confesiones y religiones de *obras*, que promulgaban una suerte de *inseguridad* eterna del creyente —es decir que a ratos se es salvo y a ratos no—.

Hasta que un día, ya en mi adolescencia, quedé fascinado al descubrir la sencilla verdad contenida en el versículo 36 del tercer capítulo del Evangelio de San Juan. Jesús dijo: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». ¡Ahí mismo, con verbo en presente! Sin peros ni condiciones. Sin el requisito de que uno sea un niño bueno y vaya a la iglesia todos los domingos; sin la condición de que se exhiba una perfección exenta de pecado. Tras años de incertidumbre y confusión, de abatimiento y frustraciones, descubrí que lo único que tenía que hacer era creer; que con eso bastaba.

Yo simplemente no había podido lograrlo y lo sabía. Parecía que cuanto más intentaba ser bueno, peor me volvía. Como decía el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.» (Romanos 7:24,25.)

En eso consiste. No hay nada más, no hay otra forma. No hay rectitud propia ni buenas obras que valgan. Nada de eso puede *mantenernos* salvos, y mucho menos *comprarnos* la salvación. Sólo Jesús puede concedérsola. Además de salvarnos, es Él quien hace las obras por medio de nosotros. Es todo obra de Jesús; no de nosotros ni fruto de nuestra santurronería. Únicamente obra de Jesús. Eso sí que me proporcionó alivio, porque sabía que de otra forma yo mismo nunca lo hubiera logrado. Tenía que hacerlo Dios. Yo sencillamente no era capaz. Por eso lo hizo Él.



El problema que tienen muchos cristianos de hoy es que todavía viven en el Antiguo Testamento. Hacen de la religión una cuestión de obras. Años atrás me contaron de unos misioneros que habían viajado a tierras remotas a predicar el Evangelio. Al llegar, la gente del país les preguntó: «¿Ustedes son cristianos del Antiguo o del Nuevo Testamento?» Al principio no entendían a qué se referían. Pero no tardaron en descubrir que al decir *Antiguo Testamento* aludían a quienes hacen hincapié más que nada en los templos, en las ceremonias, en los formalismos y en la tradición, es decir a los promotores de una religión de obras. En cambio, para ellos un *cristiano del Nuevo Testamento* era aquel que no otorgaba mayor importancia a lo que se ve —los edificios religiosos, la pompa, la solemnidad—, sino más bien a las cosas invisibles del espíritu, la sencillez de la vida cotidiana del cristiano, como la que llevaban Jesús y Sus discípulos. ¡Qué comparación más acertada!

Dios mismo tuvo que hacer muchos esfuerzos en el Antiguo Testamento para lograr que los hijos de Israel abandonaran la idolatría de Egipto. Se valió de la Ley Mosaica como patrón elemental para enseñarles verdades sencillas. Para ello recurrió a demostraciones gráficas con objetos materiales como el tabernáculo, el arca, los sacrificios de animales y la sangre de bestias, que constituían símbolos y prototipos, meras representaciones de las realidades espirituales y de las verdades eternas a las que Él

aspiraba conducirlos. Éstas no eran más que simbolismos, metáforas, analogías, meras ilustraciones concebidas para impartir verdades espirituales, casi en la forma en que se haría con un niño pequeño.

Pablo explica: «Cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.» (1 Corintios 13:10-12.)

En ese pasaje enseñó que incluso los dones del Espíritu de la era del Nuevo Testamento prácticamente equivalen a juguetes infantiles, obsequios que un Padre amoroso hace a Sus hijitos para ayudarles a comprenderlo y a entender Su voluntad. ¡Cuánto más *infantiles* aún no serán entonces las enseñanzas del Antiguo Testamento, ilustradas por medio de objetos materiales, tales como los ritos practicados en el Templo, para que gente que en sentido espiritual era más *infantil* todavía pudiera comprender el amor del Padre? Pero «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:1,2).

Cuando Jesús conoció a la samaritana, le dijo: «La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en

verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.» (Juan 4:23-24.) Esa es la etapa espiritual que vivimos actualmente.

Pero Pablo va aún más lejos en su predicción a los corintios, afirmando que llegará la hora en que veremos a Jesús cara a cara y en que hasta esos dones pueriles dejaremos de lado, refiriéndose a los dones de comunicación espiritual. «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.» (1 Corintios 13:8-10.) Incluso lo que al presente se nos ha otorgado no es más que una muestra de las gloriosas realidades venideras.

Si bien el Antiguo Testamento se caracterizó por las ilustraciones, en la actual época neotestamentaria se nos han revelado las verdades espirituales, con las que ahora contamos solamente por fe. (V. Juan 1:17.) Pero cuando Jesús regrese, lo veremos tal cual es, cara a cara. Seremos ni más ni menos como Él y experimentaremos plenamente las realidades divinas y del mundo venidero.

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es» (1 Juan 3:2).

(Extracto del artículo de David Brandt Berg del mismo título publicado en *Conectados con Dios*, también en *Aurora*.)

# HUMILDAD

**EN VEZ DE**

# PERFECCIÓN Y BEATERÍA

CUANDO UNO CONFÍA TANTO EN SU PROPIA BONIDAD, EN SU PROPIA PERFECCIÓN,



LLEGA UN PUNTO EN QUE LE RESULTA CASI IMPOSIBLE CONFESAR LOS FALLOS QUE COMETE.



ESO DESTRUIRÍA LA CONFIANZA QUE TIENE EN SÍ MISMO Y...



POR ESO ES NECESARIO QUE CONFESEMOS NUESTROS PECADOS: CONTRIBUYE A QUE CONSERVEMOS LA HUMILDAD. NOS AYUDA TAMBIÉN A SER SINCEROS CON EL SEÑOR, CON NUESTROS SERES QUERIDOS Y CON QUIENES NOS RODEAN.

PRÁCTICAMENTE ACABARÍA CON SU AUTOSUFICIENCIA, PUES DEMOSTRARÍA QUE NO ES PERFECTO,



COSA MUY DIFÍCIL DE RECONOCER, AUN ANTE UNO MISMO.



LO QUE MÁS NOS CUESTA ES ADMITIR NUESTROS ERRORES ANTE NOSOTROS MISMOS.

ES MUY DESALENTADOR, HUMILLANTE Y VERGONZOSO.



ASÍ QUE TRATAMOS DE JUSTIFICARNOS,



DEFENDER NUESTRA POSTURA,



EXONERNOS Y ABSOLVERNOS DE TODO PECADO



PARA NO DAÑAR LA IMAGEN QUE TENEMOS DE NOSOTROS MISMOS.



PERO ASÍ SOLO CONSEGUIMOS EMPEORAR LAS COSAS. ES QUE CUANDO NO SOMOS SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, TAMPOCO PODEMOS SERLO CON DIOS NI CON LOS DEMÁS.



ECHAMOS A PERDER NUESTRA VIDA, HERIMOS A QUIENES SE RELACIONAN CON NOSOTROS Y MÁS QUE NADA ENTRISTECEMOS A DIOS. POR SI FUERA POCO, MENOSCABAMOS EL EJEMPLO QUE COMO CRISTIANOS DAMOS A LOS DEMÁS.



QUE DIOS NOS AYUDE, PUES, A SER SINCEROS CON NOSOTROS MISMOS, CON LOS DEMÁS Y CON ÉL. ASÍ NO SEREMOS FALSOS CON NADIE. LA FALSEDAD ES PRODUCTO DEL ORGULLO. CONSTITUYE UN INTENTO DE OCULTAR ANTE LOS DEMÁS LA CRUDA VERDAD QUE NOS AVERGÜENZA.

EN CAMBIO, CONFESARNOS PECADORES NOS CONDUCE A TENER PRESENTE QUE NO SOMOS LA IMAGEN DE LA PUREZA Y LA INOCENCIA.



SI BIEN ES CIERTO QUE QUIZÁS ENTONCES NO NOS SINTAMOS TAN ANGELICALES, SOMOS MUCHO MÁS SANTOS SEGÚN EL CONCEPTO DIVINO DE LA SANTIDAD,



REPRESENTADO POR EL PECADOR QUE SE RECONOCE COMO TAL Y ATRIBUYE A DIOS EL MÉRITO DE CUALQUIER ACTO DE BONDAD QUE HAGA.



EL APÓSTOL PABLO DIJO: «YO SÉ QUE EN MÍ, ESTO ES, EN MI CARNE, NO MORA EL BIEN» (ROMANOS 7:18). LO BUENO NO PROVIENE DE NOSOTROS; SÓLO DEL SEÑOR.

**D**ios no espera que nos pasemos la vida haciéndolo todo con nuestras propias fuerzas. Lo que realmente quiere es que nos sometamos a Él, para que sea Él quien pueda obrar por medio de nosotros. Cuando abrimos un grifo, éste no hace ningún esfuerzo. La presión proveniente del exterior —ya sea una bomba o la fuerza de la gravedad o lo que sea— es lo que hace que el agua fluya por el grifo. Éste no es más que un canal, una abertura que deja pasar el agua. No tenemos que ser más que canales abiertos a través de los cuales fluya el poder divino. ¡Esa es la clave!

**D.B.B.**

radiante y clara.

A veces nos esforzamos demasiado tratando de hacerlo todo por nuestra cuenta, cuando en realidad debiéramos dejar que el Señor lo haga por medio de nosotros. Cuando somos nosotros los que ardemos, despedimos humo y hollín y nos consumimos enseguida. En cambio, cuando dejamos que el aceite del Señor —el Espíritu Santo— fluya a través de nosotros y arda, duramos mucho más tiempo.

«Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí» (paráfrasis de Gálatas 2:20). «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo 5:16).

**D.B.B.**

**H**abía una vez un muchachito que procuraba con gran esfuerzo levantar un pesado objeto. Al entrar su padre en la habitación, le preguntó:

—¿Estás empleando todas tus fuerzas?

—¡Por supuesto! —respondió el niño con impaciencia.

—No es cierto —replicó el padre—, no me has pedido que te ayude.

Puede que seamos muy pequeños, pero tenemos un

Padre de gran porte, con capacidad más que suficiente para enfrentar cualquier tarea. Una ayuda del Señor —por nimia que sea— es más eficaz que la asistencia que nos puedan prestar todos los demás. La ayuda divina es la más grande que podemos conseguir. Sin Él nada podemos hacer. En cambio, con Su ayuda, no hay nada fuera de nuestro alcance (Juan 15:5; Filipenses 4:13).

**D.B.B.**

**A** veces no queda más remedio que seguir trabajando, pero siempre debemos pedir al Señor que haga la tarea por medio de nosotros y luego creer que lo hará. He ahí la diferencia entre empeñarnos con nuestras propias fuerzas y dejar que el Señor haga la obra a través de nosotros. Naturalmente que también hay estar dispuesto a que el Señor obre por nuestro intermedio de la forma en que Él sabe que rendirá más fruto.

Mucha gente trata de hacerlo todo por su cuenta impulsada por una diversidad de motivos: A veces no se siente digna del tiempo y la asistencia del Señor —al fin y al cabo, tiene que conducir a todo el universo—; en otras ocasiones, la gente no cree que Dios

**¿Por tus  
propias fuerzas?**



la ayudará, y en consecuencia no se lo pide; en otros casos, es demasiado orgullosa para admitir que necesita auxilio divino, y en otros más, quiere atribuirse el mérito ella misma o carece de la paciencia para esperar. En fin, la lista es interminable.

Cualquiera que sea el caso, quienes así proceden le arrebatan las riendas a Dios y, pensando que tienen que hacerlo ellos mismos, comienzan a espolear y azotar frenéticamente a los caballos. Les iría mucho mejor si simplemente aprendieran a serenarse y disfrutar del viaje dejando la conducción en manos del Señor. Dejar las riendas en manos del Señor requiere fe y confianza, paciencia y humildad, pero a la larga la cabalgata es mucho

más fácil y todo sale mejor.

**D.B.B.**

**L**o poco es mucho si Dios está en ello; y lo mucho es nada si Él no está.

**S**ea cual sea la tarea o situación que enfrentes, Dios te dará poder en la hora de necesidad, gracia para afrontar la desgracia y sabiduría para desentrañar el entuerto, siempre y cuando se lo pidas. Las situaciones extremas del hombre son ocasión ideal para la intervención divina.

**D.B.B.**

**C**uando no sepas qué hacer o cómo hacer algo, consulta al Señor y sigue Sus indicaciones. Él ni siquiera necesita nada para empezar. Hizo el mundo de la nada, y no le salió mal, ¿verdad?



Lo suspendió en el vacío, y se sostiene bastante bien, ¿no crees? Así que Él puede hacer algo a partir de alguien tan poca cosa como tú, ¡si tan sólo le escuchas, confías en Él y le sigues donde sea que te lleve!

**N**o podemos hacer la obra del Maestro desprovistos de Su poder.

## Lecturas succulentas



### Fortaleza divina

#### Dios es infinitamente más poderoso que el hombre:

Salmo 8:3-4  
Isaías 40:15,17,22  
Daniel 4:35  
1 Corintios 1:25

#### Dejemos que Dios nos infunda Sus fuerzas:

Salmo 20:7-8  
Salmo 84:5  
Salmo 105:4  
2 Corintios 3:4-5  
Efesios 6:10  
Filipenses 3:3

#### Él es capaz de hacer cosas que escapan a nuestro alcance:

1 Samuel 2:9  
Salmo 60:11  
Zacarías 4:6  
Juan 15:5

#### Cómo recibir el poder de Dios:

2 Crónicas 16:9  
Nehemías 8:10  
Isaías 30:15  
Isaías 40:31  
Daniel 11:32  
Hechos 1:8

#### La fortaleza divina se manifiesta en nuestra debilidad:

Isaías 40:29  
Salmo 8:2  
Salmo 37:39  
Isaías 25:4  
2 Corintios 4:7  
2 Corintios 12:9-10  
2 Corintios 13:4

#### Demos la gloria a Dios por obrar a través de nosotros:

Filipenses 2:13  
1 Pedro 4:11  
Isaías 10:13,15  
Jeremías 9:23-24

# El Sultán y Satanás

Una antigua leyenda oriental cuenta que un gran sultán —cuya devoción a Dios era harto conocida— se quedó una vez dormido y no despertó a tiempo para la hora de oración. El Diablo, viendo que pasaba la hora, se acercó a él y lo despertó, apremiándole para que se levantara de la cama y empezase a orar.

—¿Quién eres? —le preguntó el sultán sobresaltado, limpiándose las legañas de los ojos.

—Ah, eso no importa —replicó la sospechosa figura—. Lo importante es que te desperté a tiempo. Si no, por primera vez en diez años habrías faltado a tus oraciones. Y es que rezar es muy piadoso, ¿no es cierto?

—Estoy de acuerdo —repuso el sultán con aire satisfecho—. Ni se me ocurriría perderme uno de mis ratos de oración. ¡Ni una sola vez! Pero... un momento. Creo que te conozco... Sí, tu rostro me resulta familiar. Eres Satanás. Sin duda tu aparición tendrá algún propósito maligno.

—En realidad no soy tan malo como tú crees —exclamó el intruso—. Al fin y al cabo, tiempo atrás yo era ángel.

—Eso no lo dudo —intervino el sabio sultán—; sin embargo, tú eres el Engañador. Sabido es que a eso te dedicas. Por tanto, te exijo en nombre de Dios que me digas por qué quieres que me levante a orar.

—Bien —respondió el Diablo impaciente por la insistencia del sultán—. Si es menester que lo sepas, te lo diré. De haberte quedado dormido, olvidando tus oraciones, te hubiera pesado mucho después y te habrías arrepentido. En cambio, si continúas como siempre, diez años sin perderte un solo rato de plegarias, te sentirías tan pagado de ti mismo que sería peor para ti que si hubieras faltado una vez a la oración y te hubieras arrepentido de ello implorando perdón a Dios. Al Altísimo le agrada más la falta envuelta en arrepentimiento que la virtud sazónada con orgullo.

**EN OCASIONES NOS**  
**CONVIENE** equivocarnos. De no cometer algunos errores, probablemente nos enorgulleceríamos tanto y nos sentiríamos tan seguros de nosotros mismos que nos creeríamos capaces de prescindir de Dios y de la ayuda de los demás. Cuando en realidad, si nos sentimos orgullosos y

autosuficientes no es producto de haber cultivado una relación más estrecha con Dios, sino de habernos infatuado con nosotros mismos.

Claro que en nuestro mundo moderno, a muchas personas se les ha inculcado la idea de que el orgullo es una gran virtud. A los ojos de Dios, sin embargo, el orgullo y la

santurronería son claramente pecados del corazón. De hecho, la Biblia enseña que «antes del quebrantamiento es la soberbia y antes de la caída la altivez de espíritu» y que «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Proverbios 16:18; Santiago 4:6).

Nuestros errores suelen ser el medio del que se vale Dios

para controlar nuestra soberbia, y con frecuencia contribuyen a mantenernos humildes y a depender más de Su fortaleza y bondad en vez de apoyarnos en las nuestras. El Señor premia la humildad. Él da más gracia a los humildes y promete «estar con los quebrantados de corazón y los contritos de espíritu» (1 Pedro 5:5; Isaías 57:15).

Se ha dicho que de lo que parecen derrotas, Dios saca algunas de Sus victorias más resonantes. Puede que uno se pregunte qué suerte de victorias son esas. Dios frecuentemente recurre a experiencias humillantes para convertirnos en personas mejores, más compasivas y capaces de comprender los errores ajenos, más amorosos y pacientes de lo que seríamos en caso contrario. El Señor se vale de nuestros errores para enseñarnos cosas importantes que quizás no aprenderíamos de ningún otro modo. ¿No es reconfortante saber que hasta nuestros fallos pueden redundar en nuestro beneficio?

Naturalmente, para ello es preciso que seamos sinceros con nosotros mismos, confesemos voluntariamente nuestros errores e intentemos rectificarlos. La frase más difícil de pronunciar en cualquier idioma es: «Me equivoqué». Para poder hacerlo, hace falta una humildad que solo Dios puede darnos, teniendo en cuenta que la naturaleza pecaminosa del hombre lo lleva a querer parecer intachable y perfecto, lo cual le impide confesar sus errores.

En todo caso, si ansiamos la verdad y deseamos gozar de la bendición de Dios, admitiremos y confesaremos nuestras

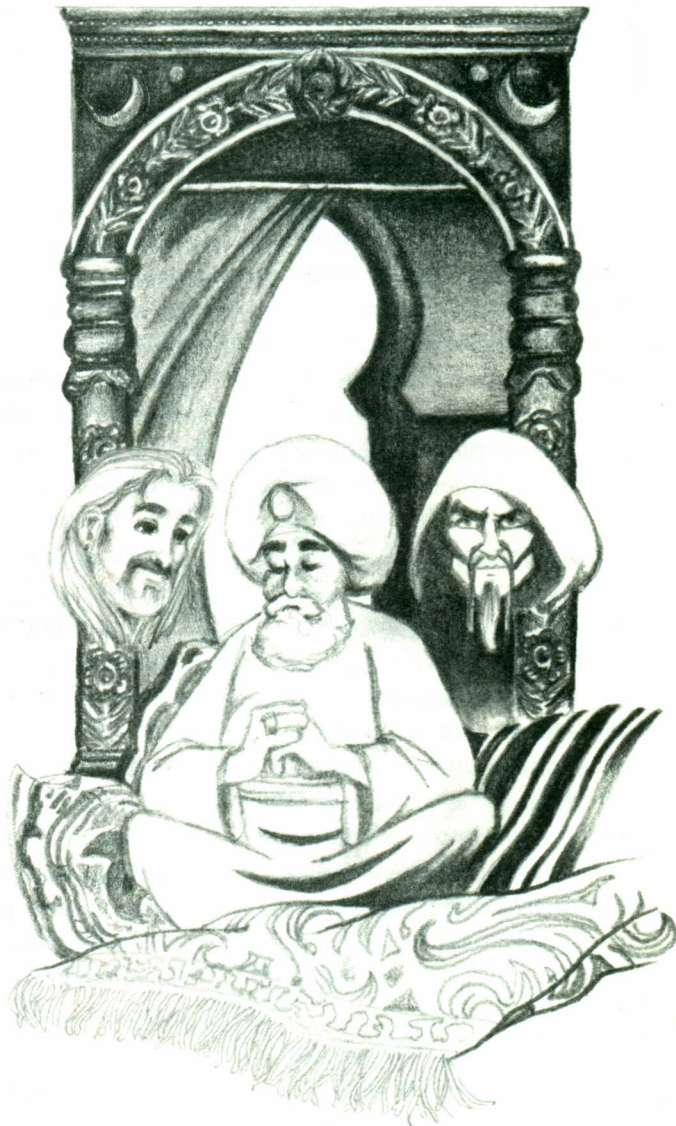
faltas y errores con franqueza y humildad. Habiéndolo hecho, podemos consolarnos en que hoy somos más sabios que ayer. Contrariamente a lo que piensan algunos, admitir que se ha cometido un error es señal de entereza y no una confesión de debilidad.

Además Dios sabe que somos de todo menos perfectos. De hecho, sabe que no podemos ser perfectos ni lo seremos jamás. El quid del asunto no gira en torno a ser o no perfecto. La clave está en si se depende totalmente del Señor y se confía en Él, en Su gracia, Su amor y Su misericordia. ¿Le damos toda la gloria y le reconocemos todo el mérito siempre que obramos bien? Cada vez que hagamos algo bueno deberíamos decir: «Dale las gracias a Jesús, no a mí. Si actué acertadamente, el mérito es del Señor.»

Un buen principio a seguir es darle la gloria a Dios por todo lo que hagamos bien y atribuirnos la culpa de todo

lo que hagamos mal. Eso evitará que caigamos en la artera trampa del orgullo santurrón, que viene a ser el origen de casi todos los pecados.

Por eso, cuando cometas un error y te sientas inclinado a desanimarte y dar lugar al abatimiento, recuerda la moraleja de la leyenda del sultán: *Al Altísimo le agrada más la falta envuelta en arrepentimiento que la virtud sazónada con orgullo.* ■



# Respuestas

a tus ? nterrogantes...



**P:** *Parece que no bastan las horas del día para hacer todo lo que tengo entre manos. Se me acumula el trabajo de tal forma que ni sé por dónde empezar. ¿Qué hago?*

**PARA LOGRAR EL ÉXITO** en casi cualquier rubro, muy pocas cosas revisten tanta importancia como aprender a fijarse metas y formular un plan para alcanzarlas. Créase o no, la forma más rápida y eficaz de hacerlo es celebrar una reunión de planeamiento con Jesús. Encomiéndale tu trabajo en oración y pídele que guíe tus pensamientos al momento de definir tus objetivos, tanto los de largo como los de mediano y corto alcance. Luego pídele que te ayude a determinar cuál de ellos es más importante, a fin de que puedas ceñirte a una lista breve y susceptible de cumplir. Pídele también que te ayude fijarte un plazo realista para la consecución de cada uno de ellos. El hecho de consignar tus objetivos por escrito te obliga a ser preciso y específico. Además te proporciona algo concreto a lo que referirte

cuando te sientas abrumado o confundido.

Luego, antes de empezar a trabajar cada día, revisa tu lista de objetivos de corto alcance y pide a Dios en oración que te ayude a decidir en cuáles de ellos debes concentrarte ese día y en qué orden. Ruega que te dé buen criterio para asegurarte de que tus objetivos sean prudentiales. Apúntalos y revísalos varias veces a lo largo del día. Tacha las metas que vayas cumpliendo y añade las tareas nuevas que Jesús te indique a medida que surjan. A la primera señal de contrariedad o confusión en torno a tu trabajo, deténte y pasa unos momentos de quietud con el Señor. Pídele que te ayude a volver a encaminarte y que te devuelva la serenidad para que puedas trabajar con acierto.

Al final de cada semana repasa tus objetivos de mediano y largo alcance. Ello te

ayudará a apreciar lo que has logrado y a comenzar la nueva semana con buen pie.

No olvides que es posible que ciertas metas cambien si se alteran las circunstancias imperantes. Cuando el Señor te conduce a modificar una meta o cambiar de planes porque ello resulta necesario, no debes equipararlo con un fracaso. No dejes de consultar con Él para que te revele cuándo debes alterar un objetivo o variar de enfoque a fin de hacer frente a alguna circunstancia o necesidad nueva.

Como es natural, cuando ores para planificar tu trabajo, no vayas a perder de vista el panorama general. Por sobre todas las cosas, el Señor quiere que lo ames y que compartas Su amor con los demás. Imponte esos dos objetivos primordiales y Él hará que todo lo demás se aclare. ■

puesto al Señor, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal. [...] Pues a Sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.» Aquellas promesas me infundieron una paz interior increíble.

Me pregunté si alguien saldría herido de aquella situación. Recé por Pedro y todos los demás pasajeros del bus, y luego para que no me descubrieran una suma considerable de dinero que llevaba en el bolsillo delantero del pantalón, de cuya existencia el asaltante todavía no se había percatado.

A mis espaldas escuché una discusión entre los bandoleros y un pasajero. Lo amenazaron diciéndole que lo bajarían del bus y lo matarían si se resistía a colaborar y no se callaba. El conductor estaba tan nervioso que casi choca con otro bus que venía de frente en sentido contrario.

Enseguida otro de los forajidos se acercó a revisarnos otra vez. Se habían olvidado de nuestros bolsos, que estaban debajo del asiento. Esta vez los encontró. En uno de ellos teníamos un grabador portátil, unas cintas y la billetera de Pedro. En el otro, mi cámara fotográfica.

El descubrimiento de aquellos bolsos, que no habían advertido en la primera inspección, enfureció tanto al bandido que empezó a insultar a Pedro, apretándole el arma contra la cabeza.

Se pasó quince minutos hurgando debajo de nuestro asiento. El corazón me latía desbocado. Seguí orando afanosamente por nuestra protección.

Finalmente, el bus disminuyó la marcha y se detuvo. Los ladrones se bajaron. La pesadilla había concluido.

Pedro y yo nos pusimos a alabar jubilosamente al Señor, agradeciéndole Su amparo y que nadie había salido lastimado. Además resultó que los ladrones no me revisaron uno de los bolsillos delanteros del pantalón, que contenía el grueso de nuestro dinero. Luego me acordé de lo que sí habían encontrado.

—Lo lamento por tu grabador, las cintas y la billetera —le dije a Pedro.

En ese momento alcé la vista y vi la correa de mi bolso en el compartimento para equipaje ubicado arriba de nuestro asiento. Con alegría descubrimos que ahí estaban el grabador, las cintas y la billetera de Pedro, ¡intactos! La única pertenencia nuestra que los ladrones se llevaron fue mi vieja cámara de fotos que a duras penas funcionaba.

Así cumplió el Señor Su Palabra: «A Sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos». ■

## La custodia policial del Señor

Cuando contamos con el Señor y Su favor, también nos beneficiamos de Su protección. Siempre y cuando guardemos una estrecha relación con Él, no tenemos porqué preocuparnos. Nada puede sucedernos sin el permiso de Dios.

Estamos rodeados por los ángeles del Señor. «El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. A Sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra.» (Salmo 34:7; 91:11-12.) Es como un escudo, un campo de fuerza a nuestro alrededor que nos protege de todo mal.

Dios quiere protegernos, pero no puede hacerlo cuando a causa de nuestra necesidad, descuido o desobediencia andamos corroteando fuera del círculo mágico de Su custodia. Necesita de nuestra colaboración. Mantengámonos, pues, cerca del Señor, haciendo siempre todo lo que podamos por complacerle, pidiéndole en todo momento que nos bendiga y nos cuide, y orando sin cesar e invocando Su protección. Él y Sus ángeles se ocuparán entonces de lo demás.

## Oración del día

### Jesús:

Te doy gracias porque no es preciso que sepa nada; lo único que tengo que hacer es conocerte. Te doy gracias porque no es necesario que sea alguien; me basta con estar a Tu lado. Te doy gracias porque no hace falta que sepa a dónde me dirijo; me basta con seguirte. Te doy gracias porque soy débil, para que pueda hacerse patente Tu fortaleza. Te doy gracias porque no sé qué decir, y así Tú puedes hablar por medio de Mí. Te doy gracias porque no sé qué hacer; así tendré que preguntártelo. Te doy gracias porque lo único que tengo que hacer es rendirme a Ti y dejar que Tú vivas en mí y obres por intermedio de mí; entonces no tendré que preocuparme de todo lo que no puedo hacer.

## La segunda venida

«Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará Sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a Sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.» (Mateo 24:29-31.)

En este pasaje Jesús nos da a entender que la tribulación y el terror que han de sobrevenir a la humanidad en la hora más oscura de su historia llegarán a su fin abruptamente con la más radiante alborada: el gran retorno de Cristo con el fin de recoger a Su pueblo y llevárselo consigo.

El Apocalipsis nos enseña que, poco antes del regreso de Jesús, Dios desatará espantosas plagas y castigos para atribular a las fuerzas del Anticristo, las cuales pretenderán empecinadamente acabar con todos los que se nieguen a aceptar la marca de la Bestia. La Biblia refiere con exactitud cuánto durará ese período de gran tribulación: tres años y medio, ó 42 meses, ó 1260 días. (V. Daniel 7:25; 12:7; Apocalipsis 13:5; 12:6.) De modo que el día en que el caudillo mundial viole el acuerdo de paz, erija su imagen y demande la adoración del mundo entero, sabremos exactamente cuánto faltará para el regreso de Jesucristo.

## Chao, Bestia; nos vamos arriba

El impresionante espectáculo visual y sonoro que anunciará la segunda venida de Cristo causará asombro en todo el mundo. Cuando aparezca la señal culminante —Jesús viniendo en las nubes, irradiando sobrenaturalmente Su energía y poder divinos sobre todo el orbe—, quienes lo hayan rechazado y hayan optado por adorar a la Bestia tomarán de repente conciencia del craso error que cometieron. «He aquí que viene en las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la Tierra harán lamentación por Él» (Apocalipsis 1:7).

En cambio, para quienes conozcan y amen al Señor, Su retorno marcará un momento de éxtasis, arrobamiento y liberación nunca antes vivido. Los hijos difuntos de Dios de todas las épocas resucitarán milagrosamente, dotados de cuerpos gloriosos. Se levantarán de la tumba y ascenderán para encontrarse con Jesús en el aire. Quienes aún estamos con vida en la Tierra experimentaremos una transmutación instantánea. Nos elevaremos con nuestro cuerpo nuevo hasta llegar a las nubes, donde nos reuniremos con el Señor. Así Cristo pondrá a los Suyos fuera del alcance de los que los perseguían —los partidarios del Anticristo— y se los llevará victoriosos a la celebración más grandiosa que se haya visto jamás, un acontecimiento conocido como *la cena de las bodas del Cordero*, el cual tendrá lugar en el Cielo. (Apocalipsis 14:14-16; 19:6-9.)

Mientras tanto se derramará la terrible ira de Dios sobre las fuerzas de la Bestia. Será un período tan pavoroso que la Biblia dice: «En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán»

**YA  
ESTABA  
ESCRITO**

Quienes aún  
estemos  
con vida en  
la Tierra  
experimentaremos una  
transmutación  
instantánea.

(Extracto de *Ya estaba escrito*, de Michael Roy.)

(Apocalipsis 9:6).

Luego descenderán las tropas del Cielo encabezadas por el propio Jesús para acabar con la Bestia y destruir su gran imperio internacional en la temible batalla de Armagedón. Esa gran matanza tendrá lugar en el valle de Meguido y sus alrededores, cerca de Haifa (Israel). La palabra hebrea *Armagedón* significa literalmente *alto o monte de Meguido*. Señalará el fin de los crueles regímenes humanos sobre la Tierra. Dios mismo, por medio de Jesucristo —Rey de reyes y Señor de señores—, escoltado por Sus huestes celestiales, se apoderará del mundo para gobernarlo como habrían podido hacerlo los hombres de no haber desobedecido a Dios y optado por seguir egoístamente su propio camino. Así comenzará una era de mil años de paz y abundancia en un paraíso terrenal (Apocalipsis 19:11-21; 20:1-4).

### Fe para hacer frente al futuro

Es innegable que vivimos en una época en extremo interesante. Nos encontramos en el umbral de grandes transformaciones.

La precisión con que estas ancestrales profecías describen las condiciones imperantes en nuestros días [tal como hemos delineado en anteriores entregas de *Ya estaba escrito*] debiera infundirnos fe. En primer lugar, inspira confianza el hecho de que Dios no sólo tiene poder para prever el futuro, sino que además se preocupa por nosotros de tal manera que nos revela por adelantado lo que ha de suceder. Jesús dijo: «Ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis» (Juan 14:29).

Asimismo, viendo que el estado en que se halla hoy el mundo fue certeramente predicho en los sagra-

dos textos, es lógico suponer que los vaticinios bíblicos aún no cumplidos también se harán realidad. Según ellos, surgirá un gobierno supranacional encabezado por un demoníaco personaje que impondrá a la fuerza un sistema de crédito tecnocrático. Los que se nieguen a colaborar con el régimen del Anticristo serán perseguidos. Dios, sin embargo, intervendrá enviando a Jesucristo para rescatar a Su pueblo, derrotar a las fuerzas del mal y establecer Su eterno Reino de amor en la Tierra.

### No hay por qué temer

El desarrollo de estos sobrecogedores acontecimientos del fin de los tiempos no tiene por qué infundirnos miedo o causarnos desconcierto. Si bien Jesús advirtió que en los últimos días «desfallecerán los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra» (Lucas 21:26), también aseguró que quienes lo conocemos y lo amamos estaremos en condiciones de enfrentar esos hechos con una actitud positiva y victoriosa.

Dejó muy claro que estas últimas señales del fin serían una indicación de la proximidad de Su regreso para rescatar a los Suyos: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención [liberación] está cerca» (Lucas 21:28). Puede que no nos guste todo lo que ocurra —parte de ello sin duda resultará inquietante—, pero al menos sabemos que terminará bien.

Si tienes fe en Dios y en Su Palabra y vives una relación estrecha con Él, aunque a tu alrededor haya guerra, confusión, caos y tribulación, en tu interior puedes tener tranquilidad gracias a Jesucristo, el Príncipe de Paz. ■

# LA llave maestra

De Jesús, con cariño

**L**a fe es la llave maestra en la vida del cristiano. Es la clave para que Mis hijos a quienes tanto amo, gocen de bendiciones, de provisión, de fuerzas, de protección y de inspiración, y para que reciban todas las dádivas que deseo concederles.

Ten fe en Mi amor y en Mis promesas, fe que te permita obedecer a pesar de lo que pueda ocurrir, a pesar de que enfrentes obstáculos insuperables y situaciones aparentemente imposibles. Esa es la prueba del amor que albergas por Mí: que tengas fe en Mí, en Mis Palabras y en Mi poder para cumplirlas. El gran amor que me tienes se manifiesta en tu fe, la llave maestra de la fe.

Guarda ese valioso tesoro que te he dado, esa llave de oro, esa llave maestra de la fe. Para conservarla debes cuidarla con gran esmero y apacentarte constantemente de Mis Palabras, que son espíritu y son vida. En la medida en que lo hagas —creer y aceptar Mis Palabras, empaparte de ellas, absorberlas y participar de ellas— mantienes bruñida y resplandeciente la dorada llave de la fe, con la cual abrirás muchas puertas imponentes que te darán acceso a Mis bendiciones para lo que necesites en todo aspecto de tu vida.

